MUJER/PAISAJE ATÁVICO - Volver la mirada. La obra de Ivonne Picó

ROBERTO ACOSTA OYARZO
Artista visual, grabador. Licenciado en Artes Visuales, Universidad Finis Terrae.
Filiación institucional: Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
ORCID: 0009-0001-4219-8719
Mail contacto: robertoacostaoyarzo@gmail.com

Universidad de Valparaíso
Facultad de Arquitectura
Revista Márgenes
Territorio - Paisaje
MUJER/PAISAJE ATÁVICO - Volver la mirada. La obra de Ivonne Picó
2026. Vol 19. Nº 31
Páginas 202-207



>> Figura 1-2. Fotos día de inauguración exposición en CASAPLAN. Julio de 2026 Fuente: Elaboración propia

https://doi.org/10.22370/margenes.2026.19.31.6066

TEXTO CURATORIAL

Ideas para un Elogio de la transformación

Nada vive sin cambiar. La semilla abandona su forma para convertirse en árbol, el río deja atrás a cada instante el agua que fue, e incluso en la muerte la vida encuentra nuevas maneras de continuar. Hace más de dos mil años, Heráclito afirmaba que el cambio y el movimiento constituyen los principios fundamentales de la existencia. La permanencia absoluta es una ilusión, no hace falta la constatación; todo cuanto existe se encuentra sometido a procesos de transformación. Desde la infancia aprendemos que nada desaparece por completo y que toda materia, toda energía y toda experiencia terminan adoptando nuevas formas.

Sin embargo, la transformación no es únicamente un fenómeno natural. A lo largo de la historia, los seres humanos le hemos otorgado un profundo valor simbólico. Desde las antiguas representaciones de la fertilidad hasta los híbridos humanoanimales presentes en numerosas culturas precolombinas, la transformación ha servido para comprender aquello que consideramos incierto. Hay algo ancestral, atávico en esta fascinación por el cambio, pero también algo culturalmente construido: las sociedades producen relatos que explican quiénes somos, cómo nos relacionamos con la naturaleza y qué experiencias son consideradas dignos de memoria.

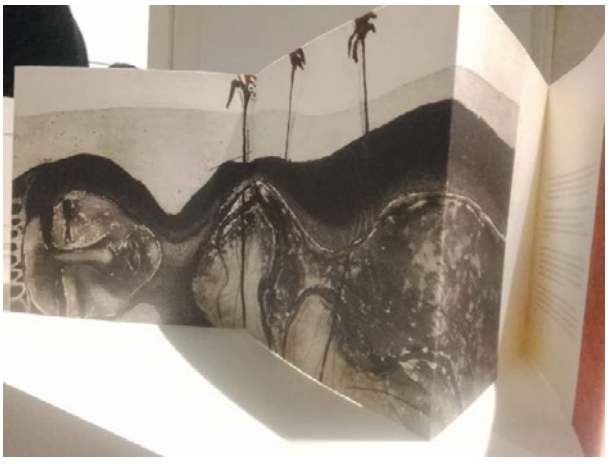
Una de las expresiones más influyentes de esta imaginación transformadora se encuentra en el libro de las *Metamorfosis* de Ovidio. En esta vasta obra, escrita durante los primeros años del Imperio romano, dioses, humanos, animales y paisajes participan de un universo donde ninguna identidad permanece fija. Los relatos se suceden unos a otros mostrando que la transformación constituye la condición misma de la existencia. Árboles, flores, aves, montañas y constelaciones nacen de experiencias de amor, pérdida, castigo, deseo o sacrificio.

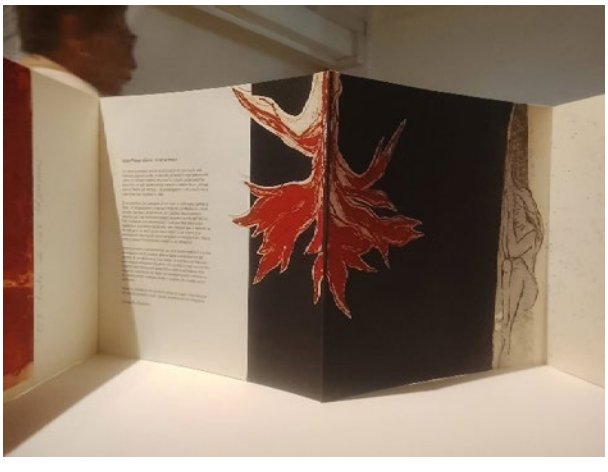
Entre estos relatos destaca la historia de Apolo y Dafne. Perseguida por el dios Apolo e incapaz de escapar de su insistencia, Dafne implora abandonar su forma humana y es transformada en laurel. Su cuerpo se vuelve naturaleza, la metamorfosis opera como una pérdida y al mismo tiempo, también constituye una forma de preservar su autonomía. El mito revela cómo la transformación puede ser entendida simultáneamente como tragedia y resistencia, como desaparición y permanencia.

Algo semejante ocurre en diversas leyendas del territorio local chileno. La historia de la Añañuca relata el amor de una joven por un minero que desaparece en el desierto. Tras su muerte, sobre su tumba brota un manto de flores rojas que se conservan hasta el día de hoy y que reconocemos como la flor de la Añañuca. En ambos relatos, el cuerpo femenino deviene en paisaje y así, la naturaleza se convierte en portadora de memoria. La flor y el laurel adquieren un valor simbólico.

Las leyendas del Calafate y de Licarayén amplían aún más esta relación entre transformación y territorio. En la primera, una joven es convertida en arbusto, dando origen a un fruto asociado al regreso y a la pertenencia. En la segunda, Licarayén se sacrifica para proteger a su comunidad de la furia del volcán, convirtiéndose en una figura fundacional que es parte de la memoria de la cultura Mapuche. En estos relatos, la transformación se convierte en un mecanismo mediante el cual una comunidad explica su relación con el entorno y construye significado sobre el paisaje que habita.

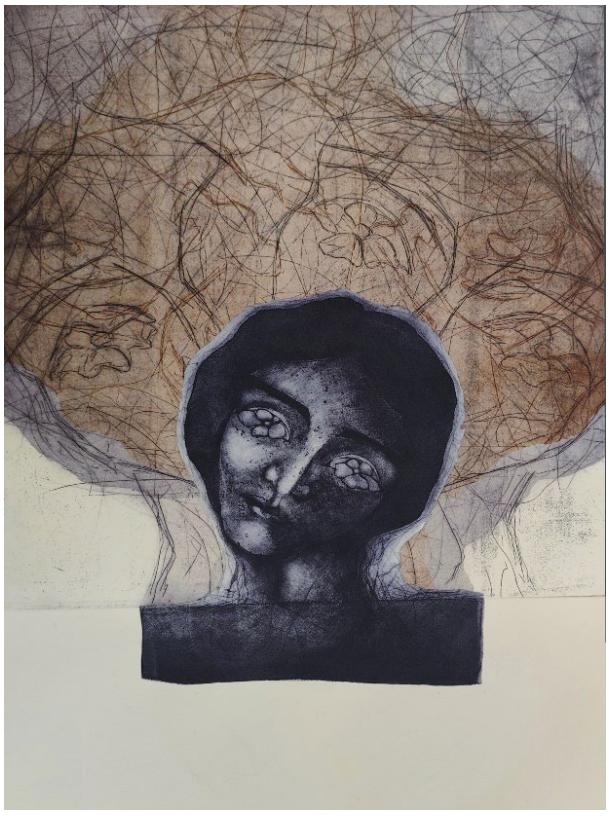
Más allá de los paralelos entre estos relatos y los mitos clásicos, resulta significativo observar quiénes son los sujetos de estas transformaciones. Con frecuencia son figuras femeninas las que encarnan el amor, la pérdida, el sacrificio o la entrega. Sus cuerpos aparecen asociados a procesos mediante los cuales la naturaleza adquiere significado cultural. Esta recurrencia invita a preguntarse por las formas en que determinadas narrativas han naturalizado ciertas representaciones de lo femenino, vinculándolo a la abnegación, la espera o el sufrimiento.







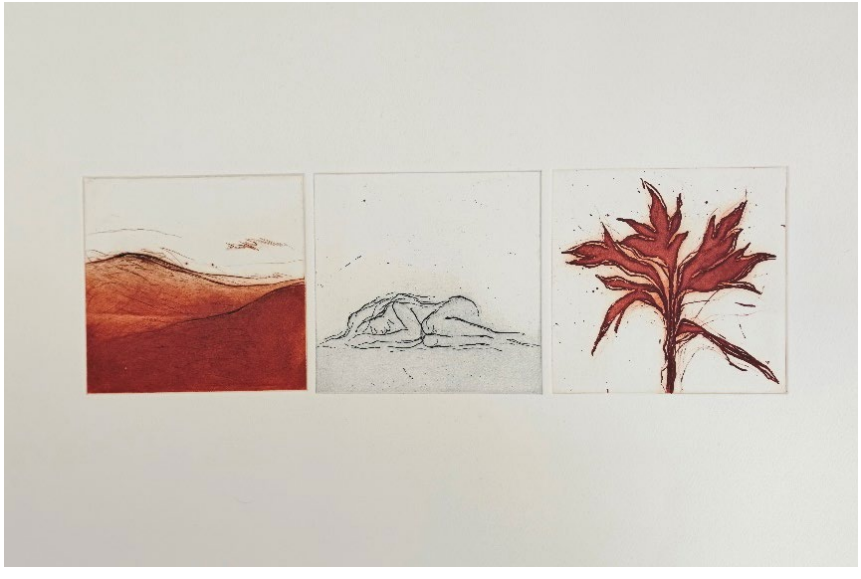
>> Figuras 3-5. Trípticos, parte de la exposición CASAPLAN-2026. Fuente: Elaboración propia



>> Figura 6. Obra, título: Calafate, el embrujo de sus ojos Fuente: Elaboración propia



>> Figura 7. Obra, título: Guardiana de su territorio Fuente: Elaboración propia









>> Figura 8. Grabado titulado: El llanto del desierto que florece en sangre viva Fuente: Elaboración propia

>> Figura 9. Grabado titulado: Flor de mañana, después del profundo silencio Fuente: Elaboración propia

>> Figura 10. Desolación, semilla de una flor Fuente: Elaboración propia

>> Figura 11. Grabado titulado: La Añañuca Fuente: Elaboración propia

Desde una perspectiva crítica, estas leyendas pueden entenderse como espacios donde persisten imaginarios heredados y estructuras simbólicas que han contribuido a modelar nuestra comprensión del territorio. El amor idealizado, la pureza femenina o el sacrificio por la comunidad forman parte de sistemas culturales que organizan relaciones de poder y distribuyen roles sociales. En este sentido la transformación sale del campo del mito y la leyenda para convertirse en un campo de disputa sobre la memoria, la identidad y sobre todo, la representación.

Es precisamente en este punto donde la obra de Ivonne Picó adquiere relevancia. Sus obras parecen reabrir las preguntas que ellas contienen. Las figuras femeninas se convierten en agentes capaces de incidir en la construcción cultural del territorio. Así, las obras pueden entenderse como una reinterpretación de la relación entre mujer y naturaleza. Como un entramado de prácticas y experiencias vinculadas al cuidado: cuidar, cultivar, sostener, preservar, hacer crecer. Desde esta perspectiva, el paisaje se revela como una construcción cultural producida por quienes lo habitan y lo transforman.



>> Figuras 12- 14. Serie de 4 grabados: Permanecer a través de la mirada Fuente: Elaboración propia

Quizás esa sea la enseñanza más profunda que emerge de estas historias. La transformación no consiste únicamente en convertirse en otra cosa. También implica dejar una huella. En las flores de la Añañuca, en el fruto del Calafate, en el sacrificio de Licarayén o en el laurel de Dafne, la naturaleza aparece como archivo de experiencias humanas. La obra de Ivonne Picó recoge estas memorias y las vuelve contemporáneas, invitándonos a pensar el paisaje como un espacio donde convergen historia, amores, identidad y cuidado. Un paisaje que conserva las huellas del pasado y que, al mismo tiempo, revela las formas en que las mujeres han participado activamente en la construcción cultural del territorio.





>> Figura 15. Grabado Trilogía Licarayén Fuente: Elaboración propia

>> Figura 16. Grabado Licarayén, flor que nace desde la piedra Fuente: Elaboración propia